

## La diacrónica histórica

La Historia habrá de referirse pues a cuantos hombres pueda y a cuantos aspectos de lo humano se den en esos individuos en tanto poseen vida personal y —sobre todo— viven en distintas formaciones de lo social; las diferentes formaciones que se dan en lo histórico —de jerarquía social, económicas, mentales e intelectuales, etcétera— hacen a los hombres, lo mismo que los hombres dan lugar a tales formaciones; esta dialéctica es la que ha de analizar el estudioso.

Por supuesto la referencia al pasado no puede ser a sus estructuras estáticas aunque interactuantes, sino al dinamismo todo cronológico que hace que la historia no se detenga; en este sentido los procesos de cambio han de quedar establecidos en su concreta consistencia. Artola ha mantenido cómo «el análisis histórico... exige la construcción de modelos historiográficos que se justifican funcionalmente por su capacidad para tipificar situaciones concretas... al tiempo que sirven para verificar la naturaleza del cambio histórico mediante oposición entre los parámetros tipificantes de cada época»<sup>54</sup>.

El contraste entre las dimensiones de cada situación y el análisis del paso de cada situación a otra ha de resultar desde luego cuantitativo pero además cualitativo, descubridor a través, muchas veces, de realidades cuantitativas del cambio en las mentalidades y las actitudes.

Cualquier realidad temporal tiene una explicación que en parte le viene de sí misma: lo económico se explica por lo económico, lo literario por lo literario, etcétera, y además esa realidad se explica por la incidencia de lo heterogéneo en ella, por la intersección de unas series en otras, de unas consistencias en otras. Lo económico recibirá de esta manera la inducción de lo político, el momento de desarrollo científico, las actitudes mentales... y así sucesivamente.

Todo lo humano de todos los humanos ha buscado la historiografía post-romántica, atenta a la primaria realidad material de la vida de los hombres y al modo mental de encontrarse instalados en esa vida y de actuar en ella, y no sólo atenta ya a la superestructura jurídica e institucional, a los «héroes» entendidos como quintaesencia de los pueblos y a veces hasta de sus caracteres dados, a la cultura escrita de las minorías políticas y civiles...<sup>55</sup>.

## Caracteres de la obra de Maravall

Las páginas presentes han pretendido sugerir —siquiera de una manera sintética y desde luego parcial—, los rasgos que distinguen el trabajo intelectual llevado a cabo por don José Antonio Maravall; otras consideraciones y precisiones las hemos hecho en distintos escritos que venimos dedicándole. De una manera sintética, pues, nuestras sugerencias son globalmente ahora las siguientes:

1. Maravall escogió como tema de dedicación más importante el estudio de los siglos XVII (sobre todo) y XVI, hasta llegar a establecer que su análisis resulta inseparable y

<sup>54</sup> Miguel Artola, *Antiguo Régimen y revolución liberal*, Barcelona, 1978, p. 7.

<sup>55</sup> Cfr. todo el planteamiento de José Fontana: *La Historia*, Barcelona, 1974.

complementario dado que constituyen respectivamente una fase B recesiva y otra A de expansión.

2. Los libros sobre el XVII, sobre el XVI, o sobre ambas centurias, se alternan en la producción intelectual de nuestro autor; la época preferida fue no obstante la del barroco, objeto de sus trabajos de los años primeros y de los años últimos. Entre ambos momentos analizó asimismo —complementariamente, e incluso por simpatía ideológica hacia una etapa de crecimiento humano— el Renacimiento.

3. El estudio de la constitución del Estado Moderno le hizo indagar en la forma de comunidad política de la Península en la Edad Media, y establecer por lo tanto cuál fue el concepto medieval de España.

4. Maravall prolongó asimismo de forma importante su análisis a la centuria del Dieciocho, sobre la que dejó un número considerable de artículos trabados y coherentes entre sí.

5. Por igual trató de cuestiones de teoría y metodología historiográficas en un volumen y en otros escritos específicos.

6. Como él mismo dijo una vez aspiró sobre todo a reconstruir, refiriéndose a los siglos modernos iniciales, «la visión de la historia que ha inspirado a los hombres de esos siglos modernos, y la concepción del sistema de Estados en que sus sociedades aparecen instaladas». Tales propósitos se encuentran desarrollados centralmente en los extensos trabajos respectivos *Antiguos y Modernos* (1966), y *Estado Moderno y mentalidad social* (1972).

7. Constituyeron fuentes historiográficas para Maravall los discursos políticos (tratadistas, papeles de gobierno, etcétera), los discursos y en general la documentación historiográfica, los textos de pensamiento y los textos literarios. Trató en efecto de los grandes autores y obras del pasado de las letras españolas: la *Celestina*, el *Quijote*, la picaresca, Lope, el 98,...

8. Nuestro autor propugnó en tanto unidad de análisis histórico las «formaciones» o «estructuras» del pasado, aquellas conexiones únicas en que los hechos se dan situacionalmente y que constituyen «conjuntos» o «épocas».

9. Maravall llevó a la práctica la idea del estudio conjunto y articulado de las fases históricas A o expansivas y de las B o de depresión y crisis<sup>56</sup>.

10. Su historiografía se constituyó como historia social, historia de las relaciones e interdependencias de los grupos y los individuos todos ellos conjuntamente entre sí.

11. Don José Antonio consideró una falacia el mantenimiento de la idea de los caracteres de los pueblos, idea sobre cuyas repercusiones inmovilistas —deseadas o no— alertó.

12. Quizá sus únicas diferencias respecto a Menéndez Pidal vinieron por esta concepción de los caracteres nacionales sostenida por el maestro coruñés, y por una actitud definitiva más atenta a los componentes materiales de la historia, que la tendente a lo culturalista y más idealizadora de don Ramón.

13. Tampoco coincidió Maravall con Américo Castro debido asimismo al culturalismo, al fuerte casticismo, y a la que creía inmovilización de lo histórico que estimaba caracterizaban a don Américo.

14. El profesor valenciano enlazaba en parte más, con la historiografía también de las décadas primeras de siglo de Rafael Altamira.

<sup>56</sup> Cfr. los dos artículos «Vue d'ensemble», de *Baroque*, 11, 1983, pp. 19-39, y «From the Renaissance to the Baroque. The diphasic schema of a social crisis», W. Godzich-N. Spadaccini, eds., *Literature among Discourses*, Univ. of Minnesota Press, 1986, pp. 3 ss.

15. La obra de don José Antonio resulta bastante análoga a la de Fernand Braudel, pues en convergencia con él considera a la Historia como la suma de todas las historias posibles, y se propone analizar en el pasado las situaciones o totalidades definibles (la Ilustración, etcétera) hechas por los hombres y que hacen a los hombres.

16. Maravall como don Julio Caro tiende a evitar —ya lo hemos dicho— el puro culturalismo, la unilateralidad en las interpretaciones, y desde luego el mito del carácter nacional. Su historiografía se asemeja a la proclamada como mejor por los tratadistas de la segunda mitad de nuestro siglo: Braudel, Vicens, Reglá, Fontana, etcétera.

No querríamos terminar estas páginas sin evocar la educación exquisita, la caballerosidad cordial y la generosidad noble que fueron prendas morales de don José Antonio; con unanimidad muy difícil de lograr por cualquiera, así lo atestiguan todos sus alumnos y todos sus amigos. Para nuestra conciencia su recuerdo constituye un legado de serenidad y de luz.

## Francisco Abad



Con Claudio Sánchez Albornoz, en el parque Mont-Souris. París, 1970